



MÁS

O

MENOS

BIEN

Entrevista a Gonzalo Ladines

Por CARLOS MEJÍA VERGARA

Cuando entré a la casa de Gonzalo Ladines, en mi mente se reprodujo automáticamente una pista de risas grabadas. La escenografía estaba compuesta por cintas de VHS, posters y Lucy, una perrita inquieta que podría salvar cualquier episodio flojo en la vida del director de *Como en el cine*: una comedia de adolescentes tardíos en busca de su sueño de hacer una película. Una fantasía cumplida por Ladines fuera de la ficción, luego de que su urgencia por contar historias de perdedores con grandes sueños lo haya llevado por formatos como la serie web (*Los cinéfilos*), el cortometraje (*Rumeits*) y el *stand-up comedy*. ¿Cómo será la siguiente temporada en la vida del ahora director? Ni él lo sabe, intentó llegar a una respuesta, al menos mientras Lucy o su risa exagerada no entorpecían la conversación. La necesidad de contar su historia le gana a todo.

Alguna vez ganaste un premio en los Juegos Florales de la Universidad de Lima. ¿De qué trataba tu cuento?

Creo que sobre un chibolo enamorado. Como siempre. Yo escribo desde el colegio, aunque ya no lo hago en el formato de cuento.

¿Qué te daba la narrativa en ese momento?

A mí me gusta contar historias, entonces el cuento me permitió encontrarme con los temas que me gustaban, experimentar y formarme como narrador. Me ayudó bastante para aprender a desarrollar diálogos que se sientan reales.

¿Y por qué la dejaste?

Ya no escribo porque siempre me gustó el cine y aprendí a contar mis historias a través del audiovisual. Nunca me consideré un literato. Incluso cada vez leo menos, no porque no me guste, sino porque simplemente estoy cansado y lo último que quiero hacer es concentrarme. Me da vergüenza porque antes no era así, leía mucho, pero ahora me demoro un año en leer un libro.

Los narradores se inspiran mucho en personas que conocieron para crear sus personajes. Tú pasaste años importantes de tu vida en la Facultad de Comunicación, ¿llegaste a identificar cómo es el alumno de la de Lima? Jeremías Gamboa lo anduvo explorando un poco en *Contarlo todo*.

Justamente ese libro es el que me estoy tardando un año en leer. Frank Pérez Garland, que llegó a ser jefe de práctica de varias universidades, lo dijo alguna vez: en algunas universidades la gente habla mucho, en la nuestra hacen. Lo veo en mis

compañeros. Somos gente que hace bastante. Aunque, claro, también me crucé con seres vaguísimos. No quiero hacer un *cherry* tampoco.

Hacer cosas. Esa es básicamente la motivación de los protagonistas de *Como en el cine*. No son pasivos al respecto.

Claro. El corto que hacen probablemente lo verán cinco gatos, pero lo hicieron. Es lo mismo que hice con los míos. No sé cuánta gente los habrá visto. Para mí hacerlos fue como una necesidad. A veces tengo historias que tengo que escribir porque si no lo hago no duermo tranquilo.

Tu corto *Rumeits* y hasta tus incursiones en el *stand-up* se sienten como parte del mismo universo de *Como en el cine*. ¿La película es el cierre de ese universo?

No lo sé. Todo el mundo me pregunta cómo será la siguiente película. Tal vez sea algo con el mismo espíritu. Aunque ahora estoy cansado, así que puede que la siguiente película lo refleje... planos secuencias, tiempos muertos, Nico (Manuel Gold) hecho basura.

Has mencionado en algunas entrevistas la influencia de Judd Appatow (*Freaks and Geeks*, *Virgen a los 40*, etc.). Si juntamos a los personajes de sus películas en un bar, probablemente todos se harían amigos. Es un universo coherente. ¿Apuntas a eso?

Sí, me gusta eso, que también lo tiene Kevin Smith. De él me gustan algunas cosas, no todas.

Clerks...

Esa o *Chasing Amy* me gustan bastante. Tiene esto de mencionar a personajes

de una película en otra. Aunque esas cosas a veces pasan de casualidad. En *Rumeits* mencionan a un Rolo, que es como se llama un personaje de *Como en el cine*. Yo tengo un amigo que se llama Rolo, pero me di cuenta luego, no es que haya sido consecuente. Alguien dijo “¿Por qué no le pones Rolo a este pata?”. “Ah, ya, qué chistoso”. No es que haya querido hacer un universo a lo Marvel.

¿Tienes referentes locales?

Siempre menciono a *Casado con mi hermano*. Me gustan las sitcoms y cuando la vi me pareció muy divertida. *Pataclaun*, la serie, me gustaba un montón porque además tenía un discurso detrás, se burlaban del macho peruano y de la mujer sumisa. También recuerdo una serie en el canal 7, *El sapo*, que se desarrollaba en la redacción de un periódico chicha. Más que nada me gustan algunos ilustradores como Acevedo, Ederly o Heduardo.

¿Nada en el cine?

Es que, vamos, ¿cuántas comedias peruanas ha habido?

A la tuya la han comparado con *El destino no tiene favoritos...*

Esa me gusta bastante. Es más inteligente. Juega con el metalenguaje, en eso concordamos. No sé... tendría que pensarlo más. Alguna vez Ricardo Bedoya me dijo que en la Lima de los ochenta no había espacio para personajes como los de mi película. Los jóvenes eran representados como marginales y pasaban por mil cosas horribles, porque así es como se vivía. Mi generación pasó por otras cosas. Se acabó el terrorismo y la dictadura y solo teníamos cabeza para ir a Tizón. No sufrí con toques de queda y salí a chupar con mis amigos al parque sin miedo a que venga un militar y nos levante. Me imagino que no se han hecho tantas comedias porque hemos pasado por épocas bien feas.

Debe ser una comparación trillada a estas alturas, pero al lado de *Asu Mare*, que tiene como final climático a (alerta de *spoilers*, para los antipatriotas) ‘Cachín’ bailando festejo como símbolo del triunfo del peruano emprendedor, tu película es un poco lo contrario. No presenta una total decepción, pero, por ejemplo, tu personaje prin-

cipal no se queda con la chica, una señal de victoria en la ficción occidental.

Eso ha descuadrado a bastante gente. Yo traté de ser honesto, contar una historia sincera y nunca quise vender la historia del peruano exitoso. Además, Nico ganó al hacer su corto y reencontrarse con sus amigos. Muchas personas, incluidos críticos de cine, no entendieron la inclusión del personaje de Fiorella Pennano, se preguntaban por qué no la desarrollé más. Tal vez lo pude hacer, pero siento que no entendieron que no hice una película de amor. Hay una decepción amorosa que se sustituye por otra pasión, la de hacer cine. La gente quiere ver a Manuel con Fiorella o regresando con su ex, no le voy a dar eso. No es lo que suele suceder en la vida real.

Hay otra cosa que descuadra. El personaje de Guillermo Castañeda –un ex compañero gay de la universidad con el que los protagonistas se reencuentran en una discoteca– parecía haber sido construido en base a lo que un *sketch* de *Risas y Salsa* de los noventa considera gay.

Pasan dos cosas con el personaje de Guille. Primero, es un personaje secundario. Se le podría haber complejizado, pero en función de mi historia no pude hacerlo hablar más. Con respecto a su actitud, tengo amigos gays que son así. No siento haberle mentido a nadie. Si quieren digan que es un estereotipo, yo mismo lo soy. Todo el mundo me dice hípster y *nerd*.

Más allá del personaje, cuando los protagonistas se refieren a él reflejan una mentalidad de “me habló en la discoteca, entonces me quiere tirar”. ¿No es como muy adolescente?

A la gente le cuesta reconocerlo, desgraciadamente somos así. Tengo unos amigos con los que tenemos un grupo de Whatsapp que me da escalofríos. A veces no puedo creer que sea amigo de ellos por las cosas horripilantes que se dicen ahí. Tal vez sea cosa de mi colegio, por ahí y estamos cagados. De todas formas, veo algunas cosas de la película y pienso: pucha, en verdad no debió decir eso. Sobre todo en algunas escenas donde los personajes usan la palabra ‘cabro’.

La pregunta no fue en un ánimo inquisidor. La mayoría de nosotros tenemos esos re-



zagos, cuesta librarse del uso de ciertas palabras y actitudes.

Claro. Y tampoco quise engañar a nadie. Los limeños hablamos así. También pasa que en la comedia siempre hay una línea delgada entre lo que funciona y no funciona. A veces tienes que ir un poco más allá para causar la risa.

En la escena final suena “Más o menos bien”, una canción de *Él Mató a un Policía Motorizado*. En un conversatorio mencionaste que insististe por conseguir los derechos para usarla. ¿Por qué?

Cuando la escuché supe que tenía que estar. La letra resume muy bien la película. “Amigo, no llores por las noches”, esos pueden ser los amigos de Nico diciéndole que no llore. Armemos una banda de rock and rolla, representa al grupo que armaron para hacer la película. Como dice la canción, “al final todo va a estar más o menos bien”. Más o menos, pero va a estar.

Sobre *Dinastía Escorpío*, el álbum en el que aparece esa canción, leí alguna vez que tenía un ‘tufillo generacional’. ¿Conectas con ese sentimiento de ‘sabemos que estamos cagados pero hay que pasarla bien’?

No lo he pensado como un tema generacional pero puede ser. El mundo es terrible últimamente, y siempre lo ha sido, pero siempre tratamos de hacer lo mejor que podamos. Ahora, creo que nuestra generación no ve muchas cosas también. A veces no decimos “vamos a pasarla bien, a pesar de...”, sino “vamos a pasarla bien” a secas.

Cuando terminaste la película, ¿tuviste miedo de que solo funcionara entre el nicho de los comunicadores de universidades de clase media, media alta?

Todos pensamos en eso, pero...

Ya qué chucha

Sí, ya qué chucha. Siempre decimos eso. Sabemos que no solo es una película sobre un pata que quiere hacer cine, sino de alguien que se reencuentra con un sueño. Por último, se hacen películas de comunistas, nazis, espías, contadores, guionistas. Lo importante es que la historia y los personajes sean buenos.

Manuel Gold recordó en un conversatorio que *Indiana Jones* no solo fue un éxito entre los arqueólogos...

Sí, además nos está yendo bien en la taquilla.

Por cierto, ¿ya se puede decir que él es tu actor fetiche?

Eso está por verse. Trabajamos bien, sobre todo porque además de ser un gran actor, es un muy buen amigo.

Y es muy bueno haciendo de perdedor.

Se lo voy a decir. Pero sí, es muy bueno para eso.

